

gunas para instarme con escaso disimulo á que estrechara mis relaciones con Remedios, sin hacer caso del Coronel. Su primogénita gastaba un humor de los demonios, y apoyando las instancias de la Gobernadora, solía hacer despreciativos gestos al hablar de la famosa hermosura de San Martín. Conchita no hacía más que asomar, y luego que oía el nombre de Remedios, volvía las espaldas y se metía en su cuarto.

Miguel demostraba una profunda preocupación, y en sus conversaciones conmigo, mezclaba en confusión extraña á Remedios con los Estados del *interior*, y los intereses públicos que había aprendido á traer siempre en la boca, con la declaración franca que pensaba hacer á Don Mateo de su amor á la pedreña. Resueltamente, opinaba como Vaqueril en el asunto aquél de política trascendental, y así lo manifestó al Gobernador en uno de tantos días de aquellos en que hablaban durante largas horas, enseñando el uno y aprendiendo el otro los principios de la gran ciencia.

Vaqueril estaba igualmente preocupado

XI

Confidencias.

PARECE que los aires de Octubre no son del todo saludables en aquella ciudad, porque nadie dejaba de estar en la ocasión á que aludo, nervioso y agitado. La Gobernadora más inquieta y singular que nunca, mostraba, lo mismo que Candelarita, una exacerbación de sus achaques de nervios, que la ponía intratable. Llamábame á su casa más á menudo de lo que yo podía llevar en paciencia, muchas veces para nada, y al-

y no pudiera ser de otro modo, puesto que el tiempo se venía con gran prisa, y graves acontecimientos tenían que suceder, que perturbarían, aunque fuese por breve espacio, la sosegada corriente de su mansa gobernación. Toda la elocuencia de Don Vicente Torvado había sido insuficiente para calmarle y poner tranquilidad en su espíritu: Vaqueril era hombre de pacífica condición, y si entraba en la danza era porque las circunstancias le necesitaban á elegir entre los dos extremos. En su aturdimiento, que en él reemplazaba á lo que puede llamarse preocupación, hablaba mucho con Torvado para aprender, con Miguel para enseñar, y con Roquete para divertir su atención de tan graves asuntos, y enderezarla á otros que, aturdiéndole menos, le interesaban más.

Pero lo más singular es que aquella agitación nerviosa se propagaba en todas direcciones, y hubo al fin de cundir entre los miembros de la *patriótica mutualista*, de lo cual dieron muestra en diversas sesiones, tomando la palabra hombres que siempre debieron dejarla quieta, no ya para proponer la conce-

sión de un auxilio á un compañero enfermo, ni para disculpar al ausente, sino para elogiar calurosamente á Pérez Gavilán, sin qué ni para qué, lastimando la modestia del sencillo abogado. ¿Que no quería? Pues á despecho de todas sus protestas no hubo remedio, y tuvo que aceptar una medalla que la sociedad le decretó y la declaración de ser benemérito de la *clase obrera*. Yo estaba arrebatado de entusiasmo, y mis compañeros Clemente y Julián, pasmados de admiración, abrieron la boca cuando al concluir la sesión en que todo aquello fué aprobado, Gavilán me dijo, dándome un estrecho abrazo:

—La mitad de estos honores le corresponden á vd., que es el mejor auxiliar de esta nobilísima institución.

Al despedirse de mí, me habló bajito:

—Venga á casa mañana en la noche. Tenemos que hablar.

El recuerdo de aquella noche me avergüenza; pero á fuer de historiador imparcial y pecador contrito, he de apurar el recuerdo y he de escribir lo que quisiera más bien olvidar. Gavilán se encerró conmigo en su escritorio,

y dándome una prueba irrecusable de confianza ilimitada y paternal cariño, me reveló importantísimos secretos de política, con el sólo fin de hacerme un favor y ponerme sobre aviso.

Vaqueril tenía la convicción de que Remedios era una lugareña vulgar y fácil, pues aunque él ninguna prueba hubiera recogido de tal juicio, ni la conducta de la joven lo hiciera sospechar, Roquete lo aseguraba con datos clarísimos. Naturalmente, Roquete mentía para adular la torpeza de Vaqueril. No; no había que creer una sílaba de tales calumnias. Pero Don Sixto lo creía, y tenía para sí que con alejar á Don Mateo, y quedando sola Remedios, todas las dificultades serían destruidas de un solo golpe. Estaba, pues, Vaqueril, determinado á valerse de cualquier medio para alejar á Cabezudo, y había discurrido uno que consistía en enviarle con una comisión importante, que se inventaría, á la capital de la República ó á cualquiera parte en que pudiera dilatar un mes ó dos; todo sin que el Coronel lo comprendiera, para que dando al asunto calidad de

urgencia, no tuviese tiempo de llevarse á Remedios. Pero había una dificultad para poner por obra el proyecto, y era que según una ley del Estado, no podía concederse á los diputados, durante el período de sesiones, licencia para ausentarse de la capital; y tal era el empeño de Vaqueril en el asunto, que por iniciativa suya, se discutiría en la sesión próxima la derogación de esa ley.

Gavilán sabía todo esto, porque Roquete mismo le había dicho la mitad, y la otra él la adivinaba.

—Resumiendo, concluía el abogado; Don Mateo saldrá de aquí violentamente; su sobrina quedará sola, acompañada de criadas fáciles de ganar, y Vaqueril, inducido y engañado por Roquete, será capaz de cualquier desatino, que por moderado que sea, bastará para echar en el fango la honra de esa pobre niña.

¿Cómo había yo de contener mi indignación, mi despecho y mi rabia en aquel momento? ¿Cómo guardar reservas al hombre que acababa de demostrarme tan clara y ampliamente el cariño que me profesaba?

Pues sí; era verdad: quería yo, adoraba yo á Remedios, aunque aquel hombre infame se empeñara en mancharla, siquiera sólo fuera con sus impuros pensamientos. Yo velaría por ella, y antes mataría á todos los Vaqueros y gobernadores del mundo, que consentir en que tocara su sombra.

—No, muchacho; me interrumpió Gavilán con su acento golpeado y breve; no habrá necesidad de recursos supremos si andamos listos y mi combinación se realiza pronto. Pero necesito saber cosas que importan para ponerlo en planta y. . . . Verá vd; es obra de una semana; en una semana todo queda concluido; y vd. mucho más alto que ese tonto de Cabezudo. Todo depende de un dato que no puedo conseguir. ¡Hombre! ¡Qué diantre! Me ocurre que quizá vd. lo sepa, y ando como un loco, buscando este dato por todas partes.

—¿Cuál es? pregunté con ansiedad.

—Vd. sabe que hay preparativos para una revolución, que aunque que parece pacífica, puede llegar fácilmente á las vías de hecho.

—Sí, señor; lo sé.

—Sabe vd. también que el Gobernador ha recibido cartas de los jefes del movimiento, y también otras de los que forman el gobierno actual

—Sí, sí; también.

—Que hay gobernadores, generales y cuerpos del ejército comprometidos. . . .

—Sí, sí; todo.

—Bien ¿Qué partido abraza el gobierno?

—El de la revolución.

—¡Magnífico! gritó Gavilán dando un salto en su asiento ¿Ha visto vd. las cartas?

—No; pero he oído hablar de ellas al Gobernador y á Miguel Labarca. Un día. . . .

Y hablé media hora sin parar, examinando los más oscuros rincones de mi memoria para no dejar de decir ni aun lo insignificante. Mi propia relación me embriagaba; las pasiones exaltadas me enloquecían, y mi lengua repicaba sin consentir puntos ni comas. Sentía yo un extraño deleite en hacer aquella delación, y para saborearla bien, la prolongaba con minuciosidades inútiles y aun quizá con exageraciones falsas,

Cuando concluí, Pérez Gavilán me dió un abrazo y me dijo:

—Muy bien, muchacho, muy bien; quedo enterado de cuanto necesitaba saber para poner en práctica mi combinación, y antes de quince días la verá todo el mundo. Por ahora mucha discreción y mucha reserva. Dentro de poco tiempo estará vd. mucho más alto que Cabezudo, y le envidiará; y esa niña será de vd. como ambos merecen. Pero vaya vd. á buscarla, véala, háblele, ó por lo menos, escríbale unos renglones. Ahí está Pepa que le ayudará.

Salí de la casa de Gavilán, todavía embriagado por mis vehementes pasiones.

—¡Pepa! pensé.

Y corrí á la casa de Remedios.



XII

Un lance.

PARA aquella ciudad, la hora era avanzada, aunque faltara más de una para llegar á la media noche. Estaba el tiempo lluvioso y destemplado, como suele en el mes de Octubre, y si la oscuridad no era tan densa que cegara, impedía sí la distinción de los objetos, esfumados sobre un fondo casi negro. El viento frío y húmedo azotó mi ardiente cabeza cuando salí de la casa del diputado; mis pasos resonaban en la calle desierta con los ecos lúgubres de la soledad, y tan abstraído caminaba yo, en el confuso

enredo de mis pensamientos y mis pasiones irritadas, que el centinela del cuartel inmediato, tuvo que gritar tres veces para que yo contestara el *¡quién vive!*

Pocos minutos necesité para entrar en la calle donde vivía Remedios, y á la cual me había dirigido más encomendado á la casualidad que á ninguna cuerda reflexión, puesto que no era fácil que á tales horas topara con la criada de confianza de la joven. Oía yo á mis espaldas el ruido de pasos que me seguían; pero como fuera á distancia que no permitía distinguir nada, quise dejar el paso al importuno para estar enteramente solo; además de que pudiera ser Don Mateo que volvía á su casa ó alguna persona conocida de quien debiera ocultarme.

Detúveme ántes de llegar frente á la casa del Coronel, y parándome en el umbral de una puerta cerrada, me oculté cuanto pude en su oscuro cuadro. El transeunte, al entrar en la calle, pasó á la acera opuesta, y retardando el paso poco á poco, siguió adelante hasta pasar frente á mi escondite. Me estremeé de piés á cabeza, al notar la gallardía

de aquella sombra, su paso ágil, naturalmente desembarazado, y su elegante ademán; porque en todo ello reconocí á Miguel.

—Pasaré sin detenerse; va á otra parte.... no hay duda. ¡Como ha de detenerse!

Y mi alma estaba pendiente de aquella sombra que, al alejarse lentamente de mí, iba acercándose á la puerta del Coronel; pero por la cuenta no había de llegar nunca á ella, pues los pasos se hacían cada vez más cortos y lentos. Al fin la sombra pasó más allá; respiré y aun iba á salir de mi escondite, cuando deteniéndose el transeunte, y después de quedar un momento inmóvil, volvió con atentados pasos á la puerta. Debí de llamar á ella muy suavemente, puesto que nada oí si no fué el ligero ruido de los goznes que giraron; apareció una sombra más visible, que tuve por mujer, dadas su forma y lo blanco de su vestido; pero no llegué á cegarme en términos de desconocer por los desgarbados contornos que era una criada.

Pasó un minuto, que fué para mí de inexplicables congojas; la sombra blanca desapareció, y la primera, desandando aún algunos



pasos, echóse á la mitad de la calle y arrojó alguna cosa al primer balcón, que movió los cristales produciendo un ruido suave. Creí que sería un ramillete.

Incapaz ya de contenerme, dí un paso adelante; mirando fijamente las puertas del balcón, que se abrieron sin ruido, dejando ver un hilo de luz. El amante, al verme, alejóse por la calle adelante, con lentitud que demostraba su deseo de ver el éxito del reclamo. Con rápido movimiento asomó en el balcón parte de un cuerpo á la altura de la barandilla y como ocultándose tras ella; quizá recogió el ramillete, desapareció en seguida apagóse el hilo de luz.

¡Pero yo la conocí sin verla! Toda la sangre afluyó á mi cabeza, zumbáronme los oídos, sentí cosas que no es posible explicar, y como aquella noche fatal todo conspiraba á arrastrarme á las más viles acciones, salté á la mitad de la calle, tomé del suelo una piedra, y con tal tino la lancé, que un vidrio se hizo pedazos, saltando hasta la calle con ruidoso estrépito. Rompiendo el silencio de la noche, aquel ruido se dilató por la ca-

lle solitaria, como blasfemia en templo vacío; mientras yo, frente al balcón, permanecía en pié, inmóvil, como desafiando á alguien que debiera alzarse delante de mí, amenazándome con la muerte.

Pero el ataque fué por la espalda. Volvíme violentamente y no pude reprimir una exclamación de gozo infernal, que se escapó de mis lábios, al ver á Miguel ó adivinarle en medio de la oscuridad. Detuve en el aire el brazo que iba á descargar con fuerza sobre mi cabeza, y sujetándole con mis dedos de acero por los hombros, le arrojé violentamente hacia atrás, con tan irresistible energía, que el joven perdió el equilibrio y dió consigo en tierra cerca de la pared.

Allí le habría matado, ahogándole entre mis brazos, si el joven no fuera tan ágil y no se pusiera en pié rápidamente. Evitó después con ligeros movimientos mis ataques, que llevaban la ruda torpeza del toro embravecido, y cuando yo con más furia me eché sobre él, sonó una detonación y me deslumbró un fogonazo.

Algunos agentes de la inútil policía noc-

turna comenzaron á aproximarse con temor al lugar de la riña, y la menguada luz de sus linternas sirvió, ya que no para alumbrar la calle, para ahuyentar las tinieblas de mi cólera. Miguel no me había reconocido sin duda, puesto que no tenía sospecha alguna de que yo frecuentara la calle. Debía yo evitar la luz de las linternas, y así fué como al acercarse los que las llevaban, retrocedí, dejando el campo al joven; el cual, seguro de la inmunidad que le aseguraba su posición social y política, esperó sin cuidado. Yo seguí retrocediendo, y á cada segundo comprendía más y más el peligro en que me hallaba; apresuré mi retirada, gané la esquina, y cuando los agentes de policía reconocieron á Miguel y quisieron darme alcance, era tiempo en que ni con galgos lo lograrán.

Al día siguiente ¿quién no sabía lo ocurrido? ¿quién no lo exornaba con alguna invención peregrina, para ensayo de la imaginación propia y mayor regalo del oyente? Quién dijo que el desconocido rival de Miguel había recibido la bala en el hombro; quién que había disparado cinco tiros sobre el diputado;

uno aseguraba que los había oído, y tal hubo que juró haber presenciado todo el lance.

Riquísimo hueso aquél para roído en corros, tertulias y todo género de reuniones, y sabroso manjar para una sociedad que, falta de cultura y de medios de distraerse agradablemente, aburrida de la monotonía de su rutinaria vida, se apacentaba en el escándalo con satisfacción y deleite.

Vaqueril tuvo el descaro de regañar paternalmente á Miguel, dirigiéndole miradas de lástima y aun creo que de burla. Más que celoso al saber la inclinación del joven, me pareció satisfecho del escándalo que amenaguaba la reputación de Remedios y llamaba la atención pública hacia su protegido; pero como sobre todo le dominaba la manía de enseñar y de proponerse por modelo de buen pensar y juicioso proceder, no desperdició aquella soberbia ocasión, y enderezó á Miguel uno de sus más sustanciosos discursos, y como el joven revelara sus nobles sentimientos al tratarse de la pedreña, Vaqueril terminó la plática diciendo:

—En todo ha de ser vd. el mismo: siem-

pre quijote, siempre quijote. Yo no digo que deba vd. vivir encerrado, no señor; al fin es vd. hombre y eso basta; pero á su edad no es natural ni conveniente pensar en cosas formales ¿me entiende? Es decir, por ejemplo: rompieron un vidrio del balcón; bueno ¿y á vd. que le importa? ¡Hombre! Sólo que se quiera vd. casar con esa muchacha!

Soltó Vaqueril una risotada franca y sincera y continuó:

—Es hermosa y alabo el gusto; pero una muchacha de pueblo, ordinaria y con educación de Cabezudo, está bueno que le guste á uno ¿me entiende? pero ¡hombre! sería un disparate que vd. la quisiera de veras.

¿Por qué al oír esto arrojé el tintero al suelo, poniéndome pálido y tembloroso? ¿Por qué cuando Vaqueril me preguntó qué me sucedía, no pude contestar y estuve á punto de caer? ¿Por qué, si aborrecía yo á Remedios, sentía yo tanta ira y tanta rabia?



XIII

Gavilan.

AO señor; aquella situación era insostenible, y urgía salir de ella á la mayor brevedad posible. Remedios... ¡psh! debía yo olvidarla enteramente, alejarme de ella, portarme de tal modo, que entendiera con claridad que me inspiraba un profundo desprecio; no, ni eso siquiera; porque para despreciar es preciso acordarse de algo, y yo no había de acordarme de nada, de nada absolutamente. ¡Querría irme de aquella ciudad